

ES

EDITORIAL

Ciudades imaginadas

Hacer el retrato de una ciudad es el trabajo de una vida y ninguna foto es suficiente, porque la ciudad está cambiando siempre. Todo lo que hay en la ciudad es parte de su historia: su cuerpo físico de ladrillo, piedra, acero, vidrio, madera, como su sangre vital de hombres y mujeres que viven y respiran. Las calles, los paisajes, la tragedia, la comedia, la pobreza, la riqueza.

Berenice Abbott

Definir es clarificar el sentido y acotar los límites de algo material o inmaterial. La definición de una imagen remite, por otro lado, a la nitidez con la que un dispositivo capta un objeto. En este número de *kult-ur*, la sección monográfica *Ágora* propone una reflexión sobre cómo las nuevas definiciones urbanas delimitan lo que es o no es una ciudad. Cabría plantearse si en sociedades aquejadas de una más que evidente hipertrofia visual, ambas acepciones —la que remite al argumento y la que refiere a la percepción óptica—, no tienden a confundirse reduciendo el sentido de la urbe y lo que ésta es o no es, a su apariencia. Hoy prácticamente nadie de nuestro entorno viaja a una ciudad que no haya visto previamente. La selección de un destino requiere imaginarlo y para ello ya no basta el relato de quienes allí viven, ni las narraciones de cuantos ya han estado, ni los datos contenidos en cualquier informe. De hecho, es probable que estos contrastes no sean ni siquiera contemplados, al menos, en primera instancia. Empresas como Google explotan la idea de que el deseo se conecta desde lo visual y su buscador de imágenes es actualmente el principal motor de conocimiento para empezar a saber de casi cualquier cosa, incluido un lugar.

La obsesión por ver se ha instalado como norma en el ámbito de lo que se ha dado en llamar cibercultura y de ahí que si hablamos de imaginar una ciudad podamos evocar al menos dos procesos. Uno es el propio del sueño o la fantasía que construye mundos posibles en la línea de las ciudades imaginadas de Italo Calvino. El otro proceso refiere a la representación desde los espacios objetivados, esto es, a las definiciones o delimitaciones visuales de la ciudad. Es aquí donde la mirada, saturada de estímulos y reflejos, puede distraer su atención y enredarse en espejismos capaces de convertir espacios urbanos en escaparate, tablado de *performance* o en plató televisivo. Los síntomas de la turistificación son muy elocuentes en este sentido: centros que ejemplifican los no lugares de Marc Augè por los que transita una ciudadanía desvinculada y sin anclajes; barrios que simulan parques temáticos y plazas vaciadas que han mutado en simples escenarios, edificios-decorado, hogares-fachada, calles-fondo de *selfie*, ciudades-marca con vidas de atrezzo. Pareciera que el sentido de la ciudad se acotara en lo estético y que esto último se redujera al límite del goce visual.

Sin embargo, como intuyó la fotógrafa estadounidense Berenice Abbott, la estética de las ciudades no está hecha de reflejos y sus imágenes no evocan meros objetos enmarcados. No al menos si como estética entendemos aquello que trasciende lo visual para situarse en lo sensitivo. En ese momento las imágenes evocan también sonidos, sensaciones táctiles, sabores y aromas en un proceso de lectura en el que se compromete la propia experiencia. A través de esta dinámica de interpretación podemos extraer de las imágenes las huellas de las relaciones humanas que atraviesan los espacios, así como las narraciones e historias no evidentes que definen procesos y contextos sociales, económicos, políticos y culturales. A modo de palimpsesto, la ciudad conserva impresiones de otra escritura anterior en la misma superficie que han sido borradas para dar lugar a la que ahora existe. Por eso el retrato de una ciudad requiere toda una vida y la mirada sobre el espacio urbano no delimita ni acota necesariamente su significado sino que puede abrirlo a múltiples sentidos.

Es este saber comprometido con la propia experiencia el que llevó a Walter Benjamin a afirmar que no importa



mucho no saber orientarse en una ciudad pero que perderse en ella requiere aprendizaje.¹ Siguiendo al escritor alemán, recuperar la noción de experiencia única y significativa implica romper con la rutina y con la habitual relación que mantenemos con los espacios. La compulsiva reproducción de experiencias vicarias, homogéneas e intercambiables que promueve el capitalismo y multiplica la cultura de la imagen empobrece la conciencia de descubrimiento que, en definitiva, debería ser el sentido mismo del aprendizaje. Podríamos decir entonces que perderse por las ciudades imaginadas requiere aprender a transitar entre sus límites fantaseados y representados para formar parte de las escenas cotidianas que visualizan también argumentos. Supone abrir los ojos con el objetivo de desvelar lo que esconden las representaciones estereotipadas y las escenas prefiguradas en postales y catálogos. Es desorientarse para recuperar la lucidez de quien observa por primera vez y la inestable posición de quien se siente no deslumbrado o anestesiado sino interpelado por una imagen.

Recordemos que las imágenes captadas por un dispositivo son una marca en el tiempo, una mirada atrapada que permite hacer presente lo que en algún momento fue real y que propone un juego constante de actualización a partir de nuevas miradas. Este acto de creación casi mágico tiene su propio lenguaje, sus reglas comunicativas, y se inscribe en un discurso complejo. Del mismo modo, la ciudad se presenta ante nosotros de múltiples formas muchas de las cuales se disponen como una suerte de trampantojo que genera ilusiones ópticas y que esconde realidades muy contradictorias. Así pues, perderse en el caos del imaginario urbano no solo requiere tiempo sino voluntad de dejarse sorprender por el encuentro de la propia mirada con el espacio y reconocerse en él para comprenderlo. En este sentido, definir la ciudad también supone evocar desde la memoria sentida lo que la ciudad propone y contrastar con otras perspectivas y otras memorias los límites porosos de la ciudad. En definitiva, es posible revisar cualquier definición de lo urbano si es que estamos dispuestos a asumir el reto de acotar sus límites y optimizar la nitidez de sus imágenes desde una continua conversación.

Castelló, diciembre de 2019

1 Walter Benjamin (1982): *Infancia en Berlín hacia 1900*. Madrid, Alfaguara.